



Laura Vila

Lukas y el secreto de la Navidad

Ilustraciones de Eva Delaserra

1

Faltaban pocos minutos para terminar la clase y que comenzasen las vacaciones de Navidad. Lukas estaba deseando que sonase el timbre de la escuela. Se moría de ganas de salir corriendo del cole, subir la cuesta que separaba el centro del pueblo de su casa y tirarse con el trineo que le habían regalado por su cumpleaños.

¡¡¡RIIIIIIIIIING!!!

Un montón de niños salieron en tropel del colegio. Se deseaban felices vacaciones, algunos se tiraban bolas de nieve y otros, como Lukas, que no podía

quitarse de la cabeza su trineo, emprendían el camino de vuelta a casa.

Fue una tarde fantástica. Lukas subió y bajó (a toda velocidad) por la cuesta hasta que llegó a casa empapado de sudor y restos de nieve. Sacudió las botas, se puso el pijama y se quedó un rato mirando hacia el salón, que resplandecía. El niño entró y vio que sus padres habían añadido algunas cosillas más a la decoración navideña. El fin de semana anterior habían decorado el árbol.

Su padre había colgado unos calcetines en la chimenea (los había tejido él mismo hacía unos años; eran..., bueno, de lo más navideños) y su madre había preparado un centro de mesa con piñas y un par de velas (la verdad es que era una auténtica manitas).



Aquel año había quedado todo precioso, aunque no tanto como las espectaculares decoraciones de sus vecinos. En su pueblo, el despliegue navideño era digno de mención. Por estas fechas parecía un concurso para ver quién tenía la casa más bonita. ¡Aunque alguno se pasaba y terminaba dejando su fachada como un casino de Las Vegas!

Después de cenar, sus padres subieron a la habitación de Lukas para leerle un cuento. Aquel día fue perfecto.

¡Y todavía le quedaban todas las vacaciones por delante!

–¡Buenas noches, Lukas! –dijeron sus padres al unísono.

¡CLIC! Se apagó la luz.

2

Lukas estaba tan cansado que se durmió enseguida, pero había olvidado ir al baño antes de acostarse, así que, después de una hora soñando que rescataba tesoros hundidos bajo el mar, se despertó con unas ganas tremendas de hacer pis. ¡No podía más!

Dando saltitos, fue al cuarto de baño y, al volver, un destello en la ventana de su habitación le llamó la atención. ¿Qué era aquello?

Pegó la cara al cristal y vio algo que parecía una serpiente de luz muy cerca

de su jardín. Lukas no tenía ni idea de lo que estaba mirando. Al principio pensó que serían las luces del jardín de algún vecino, pero... en esa dirección no había ninguna casa.

Abrió la ventana para ver mejor y se dio cuenta de que lo que veía eran pequeños puntos de luz que se desplazaban en hilera, como una procesión de orugas en primavera. Pero no podían ser personas, ¡eran demasiado pequeñas!



Lukas era incapaz de irse a la cama después de haber visto algo tan misterioso, y en ese momento se le ocurrió la idea más loca que había tenido jamás: salir a la calle a investigar.

¡Él solo!

¡De noche!

¡En pleno invierno!

(Bueno, técnicamente quedaba un día para que comenzase el invierno).

En cualquier caso, era una locura de dimensiones estratosféricas. Sin embargo, antes de que pudiese pararse a recapacitar, ya tenía puestas las botas, el gorro, la bufanda y el abrigo por encima del pijama. ESTABA DECIDIDO.